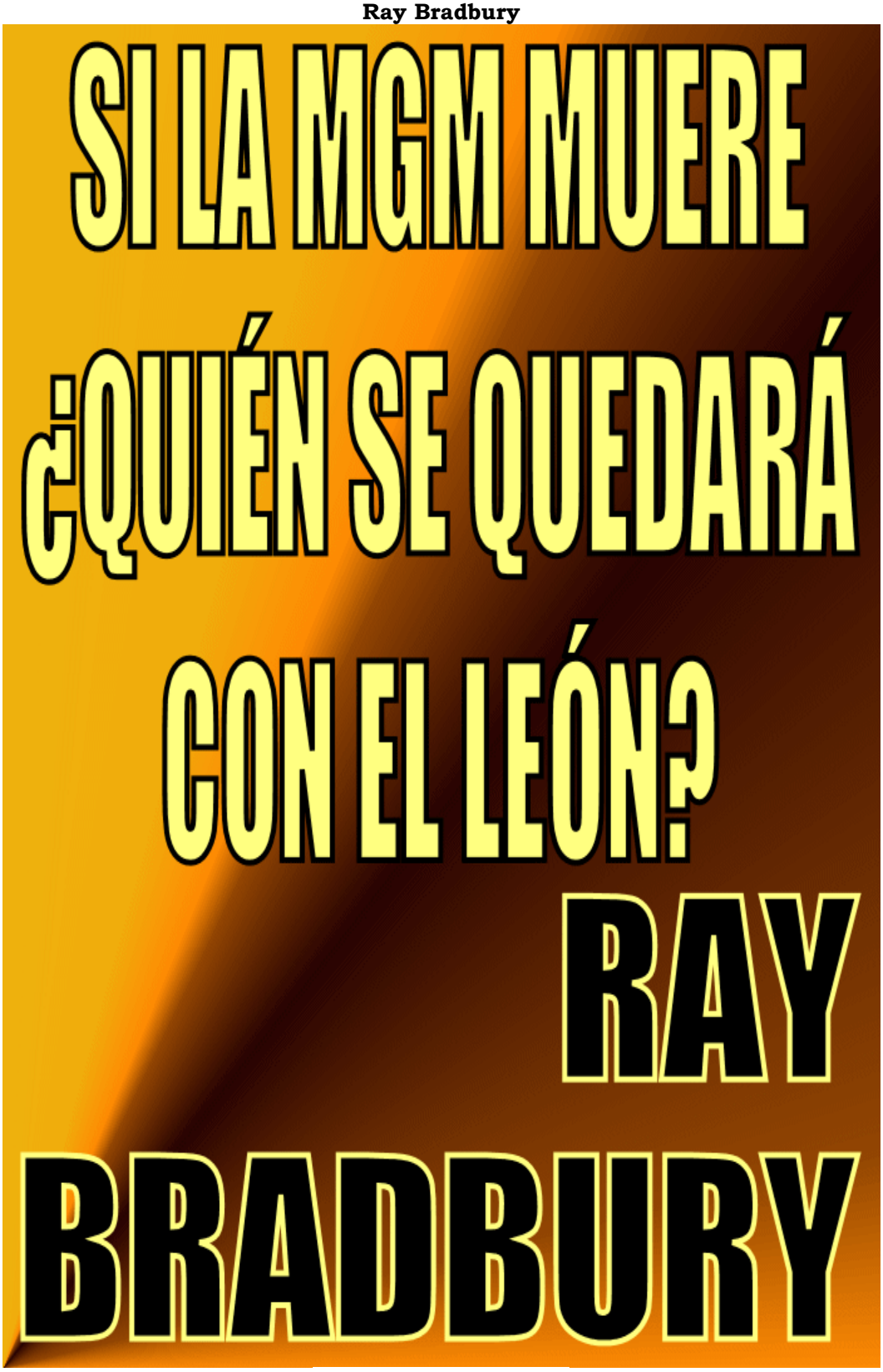
LIBRO dot.com

SI LA MGM MUERE QUIEN SE QUEDARA CON EL LEON
Ray Bradbury



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

-¡SANTO CIELO! ¡ESTÁN BAJANDO A JESÚS DE LA CRUZ!-EXCLAMÓ Jerry Would.

-Por el amor de Dios -dijo su secretaria y dactilógrafa tras hacer una pausa para borrar un error tipográfico de un guión-. Tengo oídos cristianos.

-Está bien, pero yo tengo una boca neoyorquina, más precisamente del Bronx- contestó Would, mientras miraba por la ventana-. ¿Podrías hacerme el favor de mirar eso? Sólo échale una mirada.

La secretaria levantó la vista y vio lo que él había visto allí afuera.

-Están pintando otra vez los estudios. Ése es el Estudio Uno, ¿no?

-Exactamente. El Estudio Uno, donde construimos el Bounty en el 34 y donde filmamos los interiores de Tara en el 39 y el palacio de María Antonieta en el 34, pero ahora, ¡por Dios!, ¡mira lo que están haciendo!

-Parece como si estuvieran cambiando el número.

-¿Como si estuvieran cambiando el número? ¿No te das cuenta? Están borrándolo, ni más ni menos. Ya no es más el número Uno. Esos tipos con los delantales de plástico que están en el callejón están sosteniendo esas horripilantes piezas para probar si son del tamaño adecuado.

La dactilógrafa se puso de pie y se quitó los anteojos para ver mejor.

-Parece que dijera UGH. ¿Qué significa Ugh?

-Espera a que pongan la primera letra. ¿Ves? ¿Es o no es una H?

-Una H al lado de UGH. Creo que sé cómo sigue. ¡Hughes! ¿Y ahí abajo, en el piso, hay un esténcil con letras más pequeñas? ¿Dice Aircraft?

-Hughes Aircraft. ¡Mierda!

-¿Desde cuándo fabricamos aviones? Sé que estamos en guerra, pero...

-No estamos fabricando ningún avión, carajo -gritó Jerry Would, mientras se alejaba de la ventana. -Entonces... ¿estamos por filmar alguna película sobre combates aéreos?

-No. ¡Y por supuesto tampoco estamos filmando escenas desde el aire!

-No entiendo...

-Vuelve a ponerte los anteojos y presta atención. ¡Piensa! ¿Por qué esos infelices están cambiando un número por un nombre? ¿Qué te parece? ¿Cuál es la idea? No estamos por filmar ninguna película sobre portaaviones ni nos dedicamos al negocio de fabricar P-38... ¡Mira ahora!

Una sombra se proyectó sobre el edificio y una silueta acechó en el cielo californiano de aquel mediodía.

La secretaria se protegió los ojos con la mano.

-¡No puedo creerlo!

-No eres la única. Ahora dime qué es eso. Ella frunció el ceño.

-¿Un globo? -preguntó-. ¿Un globo de protección contra bombardeos aéreos?

-Puedes repetirlo, si quieres, pero mejor no te atrevas. Ella cerró la boca, observó el monstruo gris que sobrevolaba el cielo y se volvió a acomodar en la silla.

-¿Cómo quiere encabezar esta carta? -preguntó.

Jerry Would se volvió para descerrajarle una mirada mortal.

-¿A quién le importa una estúpida carta cuando el mundo se va a la mierda? ¿No entiendes lo que esto significa, la trascendencia que tiene todo esto? ¿Por qué habría que proteger a la MGM con un globo? ¡Mierda! ¡Ahí va otro! ¡Ahora son dos globos!

-No veo la razón -dijo-. No somos una fábrica de municiones ni un blanco aéreo. -Escribió algunas letras y de pronto se detuvo para soltar una carcajada.

-Soy un tanto lerda, ¿no? Claro que somos un blanco.

Ella se volvió a poner de pie y se acercó a la ventana justo cuando estaban colocando los esténciles y los pintores comenzaban a pintar con soplete la pared del Estudio Uno.

-Sí -dijo ella, en voz baja-. Dice eso. HUGHES AIRCRAFT. ¿Cuándo se mudó?

-¿Hablas de Howie, el loco? ¿De Howard, ese que es más loco que una cabra? ¿Hughes, el multimillonario hijo de puta?

-Sí.

-No se va a mudar a ningún lugar. Todavía tiene los calzones bien pegados a una oficina que queda a apenas cinco kilómetros de acá. ¡Piensa! ¡Sumemos! La MGM está acá, a tres kilómetros de la costa del Pacífico, a dos cuadras de donde Laurel y Hardy manejaban su auto destartalado que se bamboleaba como un acordeón dividido en dos por los tranvías, en 1928. Y a casi cinco kilómetros al norte y también a tres kilómetros del océano está...

Dejó que ella completara la frase.

-¿La compañía de aviación Hughes?

Would cerró los ojos y apoyó la frente en la ventana para enfriarla.

-Por favor, dénle a esta mujer un premio de cinco centavos.

-¡Caramba! ¡Es increíble! -dijo, satisfecha por haber develado el misterio.

-No eres la única que no puede creerlo.

-La gente que pinta ese edificio y cambia las letras del

cartel tiene la esperanza de que, cuando los japoneses pasen volando o los submarinos emerjan a la superficie frente a Culver City, los japoneses piensen que Clark Gable y Spencer Tracy están filmando y correteando alrededor de la compañía de aviación Hughes a tres kilómetros al norte de acá. Y que acá, en la MGM, están Rosie the Riveters y los P-38 despegando día y noche de este hangar.

Jerry Would prestó atención y observó las pruebas que tenía ante sus ojos.

-Tengo que admitir que ese escenario se parece a un hangar. Y un hangar se parece a un escenario. Le pones los carteles correctos y los japoneses se lo creen. Banzai!

-¡Brillante! -exclamó la secretaria.

-Estás despedida -dijo Would.

-¡¿Cómo?!

-Empieza una carta -dijo Jerry Would, de espaldas.

-¿Otra?

-Al señor Sid Goldfarb.

-Pero si está acá, un piso más arriba.

-Escribe la carta, por el amor de Dios, a Sidney Goldfarb. Estimado Sid. Mejor tacha eso. Escribe Sid a secas. Estoy realmente furioso. ¿Qué diablos está pasando? Entro en la oficina a las ocho de la mañana y es la MGM. Salgo a la cantina al mediodía y está Howard Hughes tocándoles el culo a las mozas. ¿De quién fue semejante idea?

Justo lo que yo me preguntaba -comentó la secretaria.

-Estás despedida -dijo Jerry Would.

-Continúe -contestó.

-Estimado Sid. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Sid, ¿por qué nadie nos informó que harían este camuflaje? ¿Te acuerdas del viejo chiste? Nos contrataron a todos para que viéramos cómo partían los icebergs por el bulevar Culver. A todos los parientes de los

estudios, tíos, primos. Y ahora ese maldito témpano está acá. Y calza zapatillas, chaleco de cuero y tiene un bigote que le cubre su mugrienta sonrisa. Hace doce años que trabajo acá, Sidney, y me niego rotundamente a... Vamos, termina la carta de una vez por todas. Atentamente. No, atentamente no. Furiosamente. ¿Dónde firmo?

Arrancó la carta de la máquina y gatilló una lapicera. -Ahora sube al piso de arriba y arrójasela por la ventana.

-Los mensajeros que llevan mensajes de este tipo no sobreviven.

-Es mejor no sobrevivir que ser despedido. Ella permaneció sentada.

-¿Y bien? -preguntó Would.

-Estoy esperando a que se serene. Tal vez en media hora se arrepienta y quiera romper la carta.

-No pienso serenarme ni tirar la carta. Ve ya mismo. Ella permaneció en su lugar, observando el rostro de Would hasta que las arrugas de enojo se desvanecieron y sus mejillas dejaron de estar encendidas. Luego, con mucha calma dobló la carta y la rompió en uno, dos, tres y cuatro pedazos. Arrojó los papelitos al cesto, sin que él le quitara los ojos de encima.

-¿Cuántas veces te despedí hoy? -preguntó.

-Sólo tres veces.

-A la cuarta, te vas en serio. Llama a la compañía Hughes ahora mismo.

-Me pregunto cuándo...

-No te preguntes nada. Haz lo que te digo.

Pasó las hojas de la guía telefónica, discó un número y levantó la mirada.

-¿Con quién quiere hablar?

-Con el señor zapatillas, el señor chaleco aéreo, el multimillonario entrometido.

-¿Acaso cree que él mismo atiende el teléfono?

-Inténtalo.

Ella lo intentó y habló mientras él se mordía las uñas con la mirada puesta en aquellos hombres que terminaban de colocar el esténcil con la leyenda Aircraft.

-No puedo creerlo -dijo ella por fin, absolutamente sorprendida. Le pasó el auricular.

-Está en la línea. Él mismo atendió.

-¡Me estás tomando el pelo! -exclamó Jerry Would. Ella le arrojó el teléfono y se encogió de hombros. Would atajó el teléfono y habló.

-Hola, ¿quién habla? ¿Qué? Bien, Howard. Quiero decir... señor Hughes. Claro. Hablo de los estudios de la MGM. ¿Que cómo me llamo? Soy Would, Jerry Would. ¿Cómo? ¿Que usted oyó hablar de mí? Sí. ¿Que vio Back to Broadway? ¿Y Glory Years? Pero, ¡claro! Usted fue el dueño de los estudios RKO, ¿no? Claro, claro. Dígame, señor Hughes, tengo un pequeño problema por acá. Trataré de ser breve y amable. Hizo una pausa y guiñó a su secretaria.

Ella le devolvió el guiño. La voz en el teléfono resultaba agradable y suave.

-¿Cómo? -exclamó Jerry Would-. ¿También está pasando algo en su oficina? Entonces sabe de qué le hablo, señor. Bien, acaban de poner un letrero que dice Howard Aircraft en el Estudio Uno. Le gusta, ¿no? ¡Queda espléndido! Bueno, yo quería saber, Howard, perdón, señor Hughes, si puede hacerme un pequeño favor.

-Pida, no más -respondió la voz al otro lado de la línea.

-Estaba pensando... si los japoneses vienen en avión o barco en la próxima marea y no hay ningún Paul Revere que pueda informar a tiempo... en fin, cuando vean esas letras gigantescas allá afuera, seguramente van a bombardear este lugar, pensando que

es el territorio de los P-38 y las tierras de Hughes. Es una idea brillante, señor. Brillante. ¿Cómo? ¿Si todos están felices por acá en la MGM con este ardid? Bueno, no salieron a bailar a las calles pero lo felicitan por haber pergeñado un plan tan audaz. Ahora, lo que quiero decirle es que yo tengo muchas cosas pendientes. Estoy filmando seis películas, editando dos y estoy por comenzar a filmar otras tres. Lo que necesito es un lugar agradable y seguro para trabajar. ¿Me entiende a lo que voy? Exacto. Sí. Usted tiene un pequeño rincón en uno de sus hangares que... ¡claro! Usted sí que piensa rápido. ¿Que yo tengo qué? Sí. Le mandaré a mi secretaria después del almuerzo con algunos archivos. ¿Tiene máquina de escribir? Dejo la mía acá. Vaya, señor Hughes, usted sí que es un pan de Dios. Ahora, todos para uno y uno para todos. Si usted quisiera mudarse a mi oficina... Sólo estaba bromeando. Okay. Gracias. Gracias. Muy bien. Ella irá enseguida.

Y colgó.

Su secretaria estaba inmóvil, estudiándolo. Él apartó la mirada; se rehusaba a mirarla a la cara. Un ligero rubor encendió sus mejillas.

-Está despedido -le dijo ella.

-Tómatelo con calma -le contestó Would.

Ella se levantó, recogió unos papeles, buscó su cartera y se aplicó una fuerte y perfecta pincelada de lápiz labial. Luego, se dirigió a la puerta.

-Que Joey y Ralph saquen todo lo que está en ese archivo de arriba -dijo ella-. Eso bastará para empezar. ¿Viene conmigo?

-En un momento -contestó Would, parado junto a la ventana, todavía sin atreverse a mirarla.

-¿Qué pasará si los japoneses descubren esta farsa y bombardean el verdadero Hughes Aircraft en lugar del falso?

-No siempre se gana -suspiró Jerry Would.

-¿Le escribo una carta a Goldfarb diciéndole adónde irá usted a trabajar?

-No escribas, llámalo. Así no dejaré huellas.

De pronto, una sombra. Ambos miraron hacia el cielo que envolvía el estudio.

-Mira -dijo Would con suavidad-, ahí va otro. El tercer globo.

-¿Por qué será que me recuerda a cierto productor con el que me trataba?

-Estás des... -comenzó Would.

Pero ella ya se había ido. La puerta ya estaba cerrada.